

De la Carta de san Bruno, a sus hijos cartujos

(Nn. 1-3: SC 88, 82-84)

Se alegra mi espíritu en el Señor

Habiéndome enterado, por la detallada y agradable relación de nuestro venerable hermano Landovino, del inflexible rigor con que ustedes observan, de un modo tan sabio y digno de alabanza, su regla, y habiendo sabido de su santo amor y su constante interés por todo lo que se refiere a la integridad y la honestidad, se alegra mi espíritu en el Señor. En verdad me alegro y prorrumpo en alabanzas y acciones de gracias al Señor y, sin embargo, suspiro amargamente. Me alegro ciertamente, como es de justicia, por el incremento de los frutos de sus virtudes, pero me duelo y me avergüenzo de verme yo postrado, por mi indolencia y apatía, en la sordidez de mis pecados.

Alégrense, pues, hermanos míos muy amados, por su feliz destino y por la liberalidad de la gracia divina para con ustedes. Alégrense, porque han escapado de los múltiples peligros y naufragios de este mundo tan agitado. Alégrense, porque han alcanzado este puerto escondido, lugar de seguridad y de calma, al cual son muchos los que desean venir, muchos los que incluso con esfuerzo lo intentan, pero sin llegar a él. Muchos también, después de haberlo conseguido, han sido excluidos de él, porque a ninguno de ellos le había sido concedido de lo alto.

Por lo tanto, hermanos míos, tengan por muy cierto que todo aquel que ha disfrutado de este bien tan deseable, si lo perdiese por cualquier motivo, se arrepentirá hasta el fin, si es que tiene un mínimo de interés y solicitud por la salvación de su alma.

Con respecto a ustedes, mis amadísimos hermanos legos, yo les digo: Proclama mi alma la grandeza del Señor, porque veo la magnificencia de su misericordia sobre ustedes, por lo que me ha contado su prior y padre amantísimo, el cual está muy satisfecho y contento de su proceder.

Alegrémonos también nosotros ya que, sin haberse dedicado al estudio, el Dios poderoso graba en sus corazones no sólo el amor, sino también el conocimiento de su santa ley. Ustedes muestran con sus obras lo que aman y conocen. Porque su interés y cuidado en practicar la verdadera obediencia pone de manifiesto que saben captar sabiamente el fruto dulcísimo y vital de la Sagrada Escritura.